La literatura en su marco antropológico *

Si aceptamos, como Karl Mannheim [1], que la asunción de las sucesivas rejillas interpretativas del mundo, deriva del esfuerzo humano para definirse respecto a los abosolutos que los hombres creen que rigen su circunstancia histórica, puede aceptarse con él que la constitución de las sociedades masivas en el XIX haya auspiciado la emergencia de las categorías sociológicas que, a pesar de sus antecedentes, recién entonces comienzan su sistemática fundamentación. La obra pionera de Comte y Spencer, así como su rápida adaptación a los estudios literarios por Hipólito Taine (aunque parece mayor la influencia sobre él de la *History of Civilization in England* de Henry Thomas Bucle), establecen ese nuevo marco dentro del cual circunscribir los fenómenos históricos, el cual ya en 1895 razona su autónoma metodología en el capital libro de Emile Durkheim sobre las reglas del método sociológico, fecha en que se han impuesto las inferencias sociológicas del pensamiento de Marx y está produciéndose la obra de Max Weber y de Vilfredo Pareto.

La violenta expansión de la sociología abarcó desde el comienzo a los estudios literarios, aunque éstos recogieron conjuntamente tradiciones románticas (y conservadoras) fijadas por Louis de Bonald y la verbosa Mme. de Stäel, dentro del medio francés regido por el caudillismo de Hugo y de Zola, pero también por los entonces exitosos, y hoy olvidados, Frederic le Play y Gustave le Bon. Un conjunto heteróclito, confuso y contradictorio que fue recibido en América Latina como la bandera de la liberación, por parte de los escritores que seguían cumpliendo con todas las funciones intelectuales existentes (abogados, sociólogos, educadores, poetas, políticos) y a quienes las condiciones culturales procedentes de los tiempos coloniales volvían especialmente adeptos a las categorías sociológicas. Aunque con antecedentes notorios desde la que Salvador Giner [2] ha llamado la «fase presociológica» del pensamiento hispanoamericano, donde no puede faltar la maciza aportación de Sarmiento, sería la década del ochenta la que fundaría la sociología, gracias a la década educativa dominicana (1879-1889) de Eugenio María de Hostos, cuando dicta las lecciones que habrán de constituir su póstumo *Tratado de sociología* (1904) y publica su *Moral social* en 1888. De ese mismo año es la primera historia literaria del continente francamente informada por el pensamiento sociológico europeo, la *Historia da Literatura Brasileira*

---

* Comunicación leída en las Segundas Jornadas de Sociología de la Literatura, celebradas en el Centro Cultural de la Villa de Madrid (16 al 18 de noviembre de 1983). Se trata del último ensayo de Angel Rama, que publicamos por gentileza de Orlando Carreño, coordinador de dichas jornadas *(N. de R.)*.

[1] «El problema de la *intelligentsia*» en *Ensayos de Sociología de la cultura*, Madrid, Aguilar, 1957.

[2] GINÉR SALVADOR: «El pensamiento sociológico de Eugenio María de Hostos», en *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico*, VII, 3, septiembre 1963, pág. 218.

de Sílvio Romero (1851-1914) que por irritante que hoy nos parezca no deja de seguir testimoniando las primeras percepciones originales para entender una singularidad americana y el primer robusto esfuerzo por estructurar autónomamente un *corpues* literario, es decir, *constituir una literatura.* Lo que sigue impresionando en Silvio Romero, aparte de su voraz conocimiento de las leyas y su descubrimiento de las literaturas populares desde 1879, es la imprudente desenvoltura de su teorización literaria, tan informada de la crítica europea de su tiempo, tan sincrética y acomodaticia para empalmar divergentes corrientes, tan apodíctica y beligerante en la estela de la famosa escuela «teuto-sergipana» de su maestro Tobías Barreto, tan latinoamericana al fin. Muchas veces reconstruyó sus años formativos con sus apasionados descubrimientos:

> Mais tarde, pouco mais tarde, as *Paroles de Philosophie Positive* de Littré, fizeram-me compreender que alguma coisa mais larga havia para inspirar os poetas —a filosofía—. Pelo mesmo tempo, a *História da Literatura Inglesa,* a *Filosofía da Arte na Grecia,* além dos volumesitos consagrados á arte na Italia e nos Países Baixos, da Taine, me tinham mostrado a larga estrada crítica firmada nas ciencias, peculiarmente a mesología, a filosofía, antropología, a etnografía, além das indispensáveis achegas psicológicas». «Em 1868 no Recife, já eu e meus amigos líamos Comte, Littré, Buckle, Taine, Max Muller, Renan, Vacherot». «Comte só foi largado por amor a Spencer, a Darwin, a Haeckel, a Büchner, a Vogt, a Molleschott, a Huxley» [3].

Aunque ni Arapite Junior ni José Veríssimo, mucho más atentos y comprensivos de los fenómenos literarios, le hayan seguido, la marca sociológica impresa por Romero dominaría por muchos años el panorama de los estudios literarios, no sólo en el Brasil, sino también en críticos como Alberto Zum Felde o Ricardo Rojas que muy probablemente lo leyeron. Como en la metáfora goetheana, de aquí parte un «hilo rojo» que bajo otros encuadres (nacionalista, social, marxista) recorre buena parte de la crítica literaria latinoamericana, y aun atraviesa la crítica estilística, psicológica o estructuralista, como una tesonera marca de fábrica del continente.

Esta renovación de los estudios literarios, esta espléndida modernización que habría de ser tan profícua en América Latina, no debe impedirnos observar sus insuficiencias y, sobre todo, las deformaciones que introdujo en la apreciación de las obras literarias. Fue muy evidente en la arrogante polémica con la cual Sílvio Romero pretendió en 1906 aniquilar el libro de Manoel Bonfim *A America Latina. Males de Origem,* seguramente uno de los mejores libros que se hayan escrito sobre el llamado subdesarrollo americano. El arsenal completo del pensamiento sociológico europeo fue puesto al servicio de esta tarea exterminadora, sin ninguna reticencia acerca de su certeza o aplicabilidad a un campo cultural distinto. Si para entonces ya se hubiera publicado el excelente libro de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuovo Mondo (1955),* posiblemente se hubiera contado con razonables dudas acerca de la certidumbre de las teorías europeas, en especial en lo referente a América. Aún sin él, Sílvio Romero ya había sido capaz de enfrentarse a algunas conclusiones de la sociología europea, sobre

[3] CÁNDIDO ANTONIO: *O método de Silvio Romero,* Sao Paulo, Facultade de Filosofía, Ciencias e Letras da Universidade de Sao Paulo, Boletín núm. 266, 1963 (segunda edición).

todo cuando ellas ponían en entredicho su propia existencia, como fue el caso de la relación determinista clima-cultura que Buckle puso en circulación y Taine razonó en sus exámenes literarios. Debe ser anotado esto en honor de Sílvio Romero, pues diez años después ese fue el argumento que utilizó José Enrique Rodó para dictaminar que Rubén Darío no podía ser el poeta de América, pues, como dice con precisión, «ni para el mismo Taine, ni para Buckle, sería un hallazgo feliz el de tal personalidad en ambiente semejante» [4]. Medio siglo después, Juan Marinello, apelaba al testimonio de Rodó para reiterar la condena de Darío, sin apercibirse de que a base de tales argumentos, no sólo Darío desaparecía, sino el mismo Marinello, la isla de Cuba completa y, y buena parte del mundo, o sea, todas las zonas tropicales que para Buckle no podían producir culturas, a consecuencia de sus climas destructores de la vida intelectual.

Son, estos, traspiés que produce la servil aceptación del pensamiento de las metrópolis y debe recordarse que a la sociología francesa de la segunda mitad del XIX, le debemos el pesimismo de muchos libros, como el del mexicano Francisco Bulnes o el boliviano Alcides Arguedas, aplastados por las teorías racistas que descendían entusiasmadamente de la obra de Gobineau y eran instrumentadas por la Escuela Social de Le Bon, y que la mayoría de los intelectuales de la época se sintió cubierta de ignominia por pertenecer a pueblos mestizos, en que los blancos se habían mezclado con los negros o los indios, o por estar adscrita a la cultura del maíz o la yuca y no a la del trigo, o al menos del arroz. Un examen más atento de los libros de este tiempo de la irrupción sociológica leyeron los intelectuales latinoamericanos, de los errores que aportaban junto a las virtudes, podría contribuir a desarrollar en nosotros una cauta visión crítica del material contemporáneo con que nos abastecemos, pues, como es sabido, una de las apacibles locuras intelectuales es la subrepticia fe progresista, por la cual las últimas aportaciones son siempre las mejores, lo que opera como su opuesto simétrico, a saber, la fe indesarraigable en alguna verdad revelada a pesar de las modificaciones de la historia posterior.

Cuando recogí en un libro todos los escritos esparcidos que Rubén Darío consagró a un tema que lo aterraba, el onirismo, bajo un título suyo, *El mundo de los sueños* [5], me sorprendió que las interpretaciones que el autor dio en la serie que publicó de 1911 a 1914 correspondían a las más dispares fuentes literarias o psicológicas, pero nunca a la ciencia psicoanalítica en curso que en 1900 nos había dado la *Traumdeutung* freudiana. Concurrían a dar explicaciones teósofos, místicos, espiritistas, poetas, pero nunca los estudiosos de la sexualidad, del mismo modo, en la lectura de los libros europeos que hicieron nuestros primeros sociólogos literarios, nunca he encontrado un nombre clave, el de Edward Burnett Tylor (1832-1917) que ya en 1871 había publicado su revolucionario libro *Primitive Culture,* en 1881 daría a conocer su *Antropology,* y a quien debemos la primera definición de *cultura:* «That complex wholw which includes knowledge, belief, art, morals, law, custom, and any other capabilites

[4] RODO JOSÉ E.: *Rubén Darío. Su personalidad literaria, su última obra* (1899) en *Obras completas,* Madrid, Aguilar, 1967, pág. 169.

[5] *El mundo de los sueños,* San Juan, Editorial Universitaria, 1973.

and habits acquired by man as member of society» [6]. Con él se abría el campo de la «antropología» social o «antropología cultural» que cubriría el XX y que sin perder sus conexiones con la sociología, respecto a la cual aparecía como la ciencia joven por excelencia, habría de atender a un territorio propio curiosamente encabalgado entre una base material (geografía, arqueología, objetos culturales) y un horizonte especulativo social. A eso apunta esta definción de la antropología proporcionada por Lévi-Strauss: «Elle a, si l'on peut dire, les pieds sur les sciencies naturelles; elle est adossée aux sciencies humaines; elle regarde vers les sciencies sociales» [7]. Situación híbrida y, por lo mismo, rica de consecuencias inventivas, sobre todo, respecto a los fenómenos literarios, porque esta ciencia nueva se formó para el estudio de sociedades ágrafas y sólo posteriormente extendió su estudio a sociedades complejas y modernas donde cabe un papel central a la escritura. De sus orígenes procede la atención superior concedida a la lengua que es, obviamente, la principal producción y la más colectiva de una cultura, a la que debemos la obra capital de Edward Sapir, viendo a las lenguas en la doble vertiente saussuriana, tal como no podía dejar de observarlo Lévi-Strauss al señalar en la antropología «le même souci de ne pas détacher les bases objetives de la langue, c'es-à-dire l'aspects *son,* de sa fonction signifiante, l'aspect *sens»* [8]. No ha mostrado la sociología la misma atención por las lenguas, y es posible que a ello le debamos la visible tendencia contenidista de la sociología de la literatura que le ha hecho interrogar con delectación a las novelas y a sus significados y mostrarse esquiva respecto a la poesía y, en general, a lo que representa y dice el sonido dentro de la literatura. Podría incluso aventurarse que a la sociología le cuesta mucho desprenderse de sus orígenes burgueses y que, en tanto sociología de la literatura, sigue oscuramente vinculada a sus fuentes: la prosificación de los géneros que acompañó su irrupción dominadora de clase sobre el horizonte de la historia en los siglo XVIII y XIX y que tanto peso ha conservado en los herederos marxistas, de Plejanov a Lukacs.

No son las vías, hallazgos, polémicas y frustraciones de la antropología nuestro aunto, sino su potencial contribución al mejor entendimiento de las literaturas de América Latina. En ésta ha sido menos estimada esa contribución que la de la sociología, a pesar de la estrecha intercomunicación de ambas diciplinas desde los libros de Durkheim hasta la renovada propuesta de una «sociology of culture» de Raymon Williams [9], retomando (y marxistizando) una vía alemana (Dilthey, Weber, Hauser).

Ambas disciplinas nacieron en el seno de metrópolis colonizadoras que fundaron vastos imperios universales mediante el desarrollo de poderosos instrumentos científicos y técnicos que legitimaron su orgullo civilizador, con los cuales sometieron a múltiples sociedades representativas de la «otredad» del mundo, cuya diferencia —marcada en un punto extremo por las «culturas primitivas»— interpretaron como

---

[6] *Primitive Culture* (1871), vol. I, pág. 1.

[7] *Anthropologie Structurale,* París, Plon, 1958, pág. 395.

[8] *Ibidem,* pág. 399.

[9] *The Sociology of Culture,* New York, Schocken Books, 1982. También *Problems in Materialism and Culture,* London, Verso Edition, 1980.

atraso respecto a su presupuesto «progreso». De ahí la filosofía evolucionista unilineal que dominó al pensamiento europeo del XIX de la teoría comtiana de los tres estadios de la antropología de Morgan sobre los tres períodos de la organización social, la que subyace tanto al darwinismo como al marxismo, y que llevó a los divulgadores sociológicos a proponer al mundo el modelo de sociedad europea y a justificar su acción imperial con un *corpus* doctrinario.

Así, al menos, fue vista desde la periferia latinoamericana en ese fin de siglo en que se incorporó al continente, cuando los intelectuales, por mayoría, descalificaron sus tradiciones y peculiaridades, tratando de canjearlas por las proposiciones importadas que sacralizaron. La primacía que concedieron a la línea etnocéntrica de la sociología, quizá explica el desinterés que manifestaron por la antropología inglesa (con raras excepciones, como las de la curiosidad intelectual de Varona) que basándose en la experiencia de la otredad, que desarrolló de modo específico como su campo propio que era comenzó a proponer lo contrario: el reconocimiento de la singularidad de las regiones nativas, la aceptación de sus diferencias con las metrópolis, la apreciación de las normas tradicionales que las regulaban, dentro de la tendencia «culturista» que impregnaría el pensamiento de Franz Boas y teorizaría Malinowski, y que en sus primeras expresiones no atrajo a los latinoamericanos que, presumiblemente, podrían verla entonces como una inferiorización de sus ambiciones, vista la tabla de valores que estaban manejando, de transformarse en sociedades europeas de pleno derecho.

Curiosamente, desdeñaban una primera aportación básica de la antropología: la afirmación de la legitimidad, independencia y autosuficiencia de cualquier cultura, que debía medirse de acuerdo a sus propios patrones y no ajustarse a los que regían otras culturas, en un relativismo cultural que se expresaría de muchos modos cuyas polémicas no interesan a nuestros propósitos, y la afirmación de la constitutiva organicidad que la sostiene y autentifica, criterios que tuvieron coherente sistematización en el librito de Lévi-Strauss, *Race et histoire* [10]. Se ha realzado la importancia de esta asunción con relación al racismo y, en general, a todo pensamiento etnocéntrico, y se lo podría hacer también respecto a las literaturas, colocándolas como corresponde en el centro activo de sus respectivas culturas, como sus expresiones orgánicas, inmersas en el complejo tejido de relaciones que despliegan a modo de un campo mucho más vasto y rico que el de la intertextualidad (Kristeva) y del cual se alimentan y al cual, al mismo tiempo, contribuyen como sistemas de significación del propio campo cultural. Si por una parte esto supone el enjuiciamiento de una literatura, a partir de los presupuestos que rigen a otra, de preferencia las de las metrópolis desarrolladas, tal como ha sido la norma, por la otra permitirá dar cabal cuenta de la pluralidad de formantes y de su específica funcionalidad, aceptando la presencia de fuerzas internas de larga data, de elaboraciones sincréticas originales y de tendencias que impregnan específicamente la vida social latinoamericana.

Creo que puede considerarse significativa la tendencia culturalista que singularizó las primeras aportaciones articuladas que se dieron en América en los años veinte y

[10] París, Unesco, 1952, ahora en *Anthropologie Structurale Deux*, París, Plon, 1973.

treinta de este siglo: la obra de Gilberto Freyre responde explícitamente a la lección de Franz Boas, a su igualitarismo que rechazó las categorías raciales. En el prólogo a la primera edición (1933) de *Casa Grande y Senazala,* dice Freyre: «En este criterio de diferenciación fundamental entre raza y cultura se afirma todo el plan de este libro» [11]. En cuanto al otro gran antropólogo de la época, el cubano Fernando Ortiz, es sabida su filiación en el funcionalismo de Malinowski, quien prologó su *Contrapunto cubano del tabaco y el azúcar* (1940), aunque no se le puede reducir a su dogmática [12], como lo demostró la original concepción de la «transculturización» que desarrolló Ortiz para reconocer el papel creativo de la sociedad mestizada latinoamericana en la invención cultural. Más recientemente, la misma orientación distinguió al peruano José María Arguedas, la cual le permitió distanciarse del sociologismo militante de Mariátegui y proponer una apreciación culturalista de las comunidades indias, en la que resuena la enseñanza de Werskovitz, y una valoración positiva de la transculturación mestiza.

Una segunda aportación básica de esta concepción antropológica culturalista, que ya está en la definición de Taylor pero sería cernida por Radcliffe Brown, y también se encuentra en el pensamiento de Mauss, es la que hoy llamaríamos una visión estructurada de las culturas, subrayando la estricta correlación de sus diversos términos (lengua, creencias, formas sociales, artes) en una dinámica fuertemente independiente. A los efectos de la consideración de las obras literarias establece su vinculación con una pluralidad de fuentes (expresas o tácitas, pero presentes) que constituyen un conjunto indisoluble, de tal modo que las modificaciones de cualquiera de los términos repercute sobre los restantes, acarreando cambios. Esta concepción, que surge en el seno del organicismo del XIX, pero que ya con Taylor adquiere un rigor intelectual nítido, puede enriqueciéndola con una base material nutrida y precisa, y percibiéndola como una dinámica libre de sus componentes. La obra literaria entonces no se sitúa simplemente entre la serie social y la lingüística (Tynianov), sino que aparece a su vez como una estructura global de significación, como un modelo reducido de la cultura que la informa, irrigada por las diversas corrientes que operan en la sociedad, pero funcionando como una producción autónoma, no meramente especular.

Una tercera aportación básica tiene su asiento en la noción de producción colectiva de la cultura que desarrolló la antropología, a partir del examen de las artes y, sobre todo, la lengua de las culturas primitivas, que sino podía significar la desaparición del artista individual, veía su actividad dentro de poderosos «pattern» colectivos que constituían las lanzaderas superiores que manejaba una cultura desde antes de toda invención particular o, eventualmente, luego de ella en el proceso de adaptación colectiva que vio Jakobson en las transmisiones orales del folklore. La antropología trabajó preferentemente sobre distribuciones espaciales horizontales de las culturas en que se registraban los mismos factores participativos (y aún amplió en la corriente difusionista) y mucho menos, como en cambio hizo la sociología, en las distribuciones verticales que son más evidentes en las sociedades complejas que en las primitivas.

[11] *Casa Grande y Senzala,* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pág. 7.

[12] V. Prólogo de Julio Le Riverend a la edición de la Biblioteca Ayacucho, 1978.

Pero sus demarcaciones de áreas tienen una aplicabilidad a la producción literaria, no sólo en el mensaje manifiesto, sino mucho más implícito. Borges ya razonó con ingenio que nada probaba mejor la atribución a la región pampeana de la literatura gauchesca que la falta de mención del ombú, que es su árbol consabido, pero es de mayor importancia el funcionamiento secreto de las conformaciones mentales de una sociedad en la producción de sus textos literarios, las que se traducen en particulares instrumentos inexpresivos. Para usar el mismo ejemplo, la constante utilización de la elipsis narrativa (en oposición a la articulación burguesa del discurso) que es uno de los operadores sutiles del relato rural.

De esta atención por las formas grupales de la invención literaria, procede la atención antropológica por el folklore y la lengua, así como por las artesanías. Es un intento de abarcar, mediante productos filtrados por toda la comunidad, los valores sobre los que descansa la identidad de ella, valores que permean la totalidad social aunque se combinen con los procedentes de los estratos verticales sin que éstos los desplacen nunca enteramente. Al margen del debate que promovió en su momento, el análisis que hizo Whorf del lenguaje hopi, rastreando sus categorías mentales por el léxico y la ordenación del discurso, es un ejemplo de este esfuerzo para encontrar en la lengua la objetivación de una cosmovisión que subyace a la comunidad que la utiliza, de la que puede ser inconsciente, pero que actúa a través del orden lingüístico que es la materia prima del discurso literario. Aunque los avances de la lingüística moderna han reconducido a los investigadores literarios a una atención mayor por este componente capital de la obra artística, no ha pasado lo mismo con el folklore ni con la abundante producción de mitos que antes y ahora florecen en el continente y se expresan a través de lenguajes compuestos, la mayoría urbanizados. La consideración de este ingente material contribuye a cuestionar, si no a disgregar, la decimonona concepción de la literatura que ha seguido funcionando en América Latina, dada sobre todo, la tradicional concepción aristocrática de sus intelectuales.

Paul Zumthor luego de considerar a la voz como el instrumento de la profecía, agrega siniestramente: «Depuis le XVII siécle, l'Europe s'est répandue sur le monde-comme un cancer... L'un des symptomes du mal fut sans doute, dés l'origine, ce que nous nommons littérature; et la littérature a pris consistance, prospére, est devenue ce qu'elle est —l'une des plus vastes dimensions de l'homme— en récusant la voix?» [13]. En un cuento del paraguayo Augusto Roa Bastos, titulado en la única lengua en que hasta ahora se ha publicado, el portugués, «O sonambulo» cuenta la historia del coronel Silvestre Carmona, que entrega al Imperio a los resistentes de Cerro Corá, y se hace del letrado un traidor condenándolo a que le sea arrancada la lengua, porque es en ella que vive un pueblo y no en los infolios escriturados. Es parte de los mitos latinoamericanos, que atestiguan su singularidad cultural y es ella la que ha compuesto, más con la voz que con la escritura, sus obras maestras.

ANGEL RAMA

---

[13] *Introduction á la poésie orale*, París, Seuil, 1983, pág. 282.

[14] *Candido Lopez*, Parma, Francesco Ricci.